



Invitado

EXCMO. Y RVDMO.
SR. D. JUAN ANTONIO REIG PLÁ¹
Obispo de Alcalá de Henares

Muchísimas gracias por la invitación y por esta iniciativa en estos momentos que estamos viviendo también en nuestro contexto inmediato que es España.

¿De qué estamos hablando, queridos amigos? Estamos hablando de la vida humana. El sagrado don: la visión católica de la vida humana. Por tanto, estamos hablando de algo que está en el origen mismo de lo que es la sociedad.

Desprivatizar todas las reflexiones sobre la vida humana es el primer argumento que yo quisiera defender y con esto empalmo con la última expresión de Don Luis Argüello: *“La vida humana es un capítulo esencial de la doctrina social de la Iglesia, dígase, del encuentro del Evangelio con el nosotros o el construirse de la sociedad”*. Sin el respeto de la vida humana, la sociedad decae, y, aunque ampulosamente sea una sociedad de derecho, deja de serlo.

Por tanto, estamos en un tema que es crucial y en estos momentos, más allá del paradigma mecanicista o del relativismo moral y su dictadura, que decía Benedicto XVI, estamos ante una sociedad nihilista, que ni siquiera quiere preguntarse por la verdad.

Por tanto, desprivaticemos el tema, y eso es el primer argumento. Para desprivatizarlo hemos de saberlo proponer como lo que está en la base de la misma sociedad con cada una de las personas, que necesita la propia ecología humana para ser recibido, ser acogido, ser amado, crecer, ser educado, ser mañana un buen ciudadano.

¹ Transcrito por audición.

Eso no ocurre sin la familia. Por tanto, somos llamados desde alguien que, en este caso, Dios pensó en el acto conyugal de donación en el cuerpo para que, conjugando, él y ella unidos matrimonialmente, se dé el origen a la vida humana. La sociedad que decae si decae la concepción de lo que es la vida humana y decae el origen mismo de la vida humana, que es, en este caso, el matrimonio y la familia.

Dicho esto, paso ya a responder lo que me pide aquí el coordinador de esta mañana: ¿para salir de las ideologías qué es lo que podemos hacer?

Yo estoy convencido de que estamos dentro de un espacio totalmente ideológico, que ha ido incluso haciendo que lo obvio no resulte ni siquiera planteable, de tal manera que se ha creado una mentalidad muy distanciada de la realidad.

¿Para salir de las ideologías qué podemos hacer? El primer recurso, queridos amigos, es volver a la experiencia humana, y la experiencia humana tiene, diríamos, connotaciones que son fundamentales. La primera de ellas: yo no me he dado la vida a mí mismo. Esa es la primera constatación. Puedo despreciarla o puedo abrazarla en mi libertad como un don. Es lo que se propone aquí, un don; y, en este caso, no simplemente un don, sino un don sagrado.

Todo el proceso de secularización y de secularismo, que ha ocurrido en el ámbito de la sociedad y en el interior de la Iglesia, es un drama, porque, en este caso, las realidades fundamentales que estaban garantizadas por el marchamo mismo de ser algo que venía de Dios, por ejemplo, “no matarás”, cuando se ha ido arrinconando el carácter sagrado de la vida, al final la secularización hace que la opinión de quien defienda “no matarás”—con el carácter sagrado, porque la vida es inviolable porque procede de Dios—pase a ser simplemente una opinión humana, que está en contraste con otras opiniones humanas que van siendo cambiadas por aquellos que, con ingeniería social, son capaces de cambiar la mente, en este caso, de los españoles.

No solo estamos en el fundamento de lo que es la sociedad y, por tanto, hay que desprivatizar la vida humana. No la podemos separar nunca de su origen, que es, en este caso, la familia, entendida ya desde la fe cristiana cooperando con Dios—por eso la palabra “procreación”—, a la vez con un carácter inviolable y sagrado.

¿Responde esto a la experiencia humana, sí o no? Porque, para saber si algo es verdad, tiene que ser explicación completa de todo lo que se da en la experiencia de cada uno de nosotros.

Pero pasemos a más experiencias: yo no me ha dado la vida a mí

mismo, por tanto, la he recibido de otros. Por tanto, es falsa la autonomía radical del individuo, dogma laicista que, ahora mismo, está propugnado en la mayoría de las leyes que se aprueban en España. Es mentira. La autonomía radical del individuo es una falsedad ya desde el origen. Claro que hay una autonomía psicológica, que cada uno va gobernando su propia vida, pero no es él quien la ha diseñado, quien lo ha pensado, y la hemos recibido con un don.

Es verdad que, si queremos pasar más adelante y queremos desvelar todo lo que es la grandeza del don de la vida humana, por tanto, la identidad humana, y a la vez tener una medida, como decía Don José Luis Restán, para calibrar su dignidad, necesitamos recurrir a aquellas respuestas que como propuestas vamos a ejercer en este Congreso.

La vida es un don porque viene de Dios creador, que ha creado por amor, es una palabra, la primera de ellas, amorosa y, por tanto, ¿responde eso al hecho de la experiencia de que yo no me he dado la vida a mí mismo? Bueno, responde, simplemente, tengo que querer abrazarlo o no, pero es una propuesta. Responde a la grandeza del don.

Porque, cuando decimos vida humana, ¿de qué estamos hablando? Estamos hablando no de esta mesa, no de esta botella, estamos hablando de alguien. La filosofía no sé si puede llegar a algo más, desvelar ese misterio le corresponde a la religión.

En este caso, ¿qué nos dice la fe cristiana? Que hemos sido creados, como se nos decía, a imagen y semejanza de Dios y, por tanto, llevamos en nosotros el aliento divino. ¿Responde eso a la concepción que tiene cada uno de su propia vida? ¿Responde, de verdad, no solo a que he recibido la vida como un don, como una propuesta para ser abrazada por la libertad, sino hace que ese sea inconmensurable, que sea a la vez inviolable? Responde a la experiencia. ¿Puede aceptarse como verdad de lo que yo mismo voy concibiendo y pensando cada día? Responde.

Vamos adelante. Pero es verdad que esta vida en mí, al menos, es precaria. Y remito a la experiencia, que es universal, pero que está expresada de manera extraordinaria por san Pablo en el capítulo VII de la Carta a los romanos: *“Queriendo hacer el bien, no sé qué me pasa, que hago el mal”*. ¿No será una vida que viene herida? ¿Responde la propuesta cristiana, que anuncia que no solo hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, sino que hemos sido dañados por el pecado de origen, nuestros propios pecados y el pecado de ambiente en el mundo? Responde. ¿Por qué me tengo que responder? ¿Por qué, queriendo hacer el bien, hago el mal? ¿Quién me responderá a este misterio? Esto es algo que es, insisto, no una

experiencia de los creyentes, es una experiencia universal.

Los poetas más antiguos hablan de esto mismo, como lo hace San Pablo en el capítulo VII en la Carta a los romanos. Sí, pero es que además no solo experimento lo que es la inclinación al mal y al mal que yo hago, incluso queriendo hacer el bien, sino experimento la precariedad en mí y la precariedad en otros. De tal manera que veo vidas verdaderamente sufrientes, veo vidas que están cargadas de sufrimiento, comenzando por la mía y comenzando por aquellos que vienen ya desde origen discapacitados, o vienen con varias, diríamos, realidades que nos hacen ver una vida precaria, incluso en un momento sin poder ejercer las funciones racionales o poder darse cuenta de lo que les está pasando.

¿Vale esa vida algo, sí o no? ¿Alguien puede mirar esa vida con una mirada contemplativa, con una mirada compasiva y darse cuenta de que no es simplemente una realidad allí de un conjunto de órganos que se han articulado como forma humana, sino que es alguien? La filosofía ha llegado —siempre de cuño cristiano— a decir que es alguien porque es persona, es un ser subsistente en sí mismo, en una naturaleza espiritual y corporal.

El salto del materialismo a la realidad del espíritu es algo que grita en el corazón de toda persona, pero estamos acostumbrados a ser velados en lo que es la posibilidad de alcanzar la verdad por las ideologías, tanto que, incluso, llegamos a dudar siquiera de la propia identidad humana configurada como varón y como mujer. Pero es ideológico, porque la experiencia de la persona tiene que ir corrigiendo todo aquello que las ideologías le van quitando.

Más experiencias que podemos nosotros decir. Es que, claro, esta es del Concilio Vaticano II *Gaudium et spes*, dice: “*El hombre es ilimitado en sus múltiples deseos y limitado en sus posibilidades*”. Es una experiencia de toda persona, varón o mujer. ¿Esto por qué? ¿Quién me desvelará ese misterio? ¿Por qué yo deseo mucho más de lo que puedo alcanzar? ¿Por qué, incluso, deseo vivir cuando veo el horizonte de la muerte? ¿Por qué grito con Unamuno que tengo angustia ante la realidad de saber que voy a desaparecer? ¿Eso por qué? ¿Quién me dará respuesta a estas preguntas? ¿Quién será capaz de hacer una propuesta que alumbré mi inteligencia y que gane mi libertad? En esa experiencia también no solo llevamos nosotros el aliento divino desde la creación, sino, decíamos este domingo pasado: tanto nos ha amado Dios o Dios ha manifestado tanto su amor que nos ha hecho hijos suyos.

¿Cuál es la medida de la dignidad de toda persona?, ¿que tenga calidad de vida?, ¿que tenga buena salud?, ¿que le vayan bien los negocios?

¿Cuál es la medida de la dignidad de la vida humana? Pero, claro, cuando Kant dice que el hombre es un fin en sí mismo, acaba ahí. Pero ¿cuál es la medida de la dignidad? Que la vida la hemos recibido de aquel que, amándonos, nos ha hecho a imagen suya, que nos ha dado —más allá de la vida del pecado— la condición filial y que, nada menos, decía José Luis, la dignidad o la medida de la dignidad del hombre es la encarnación de Dios: que Dios se ha querido hacer uno de nosotros, que Dios ha caminado con nosotros, que Dios se ha acercado a nuestro valle y se ha manifestado como respuesta verdadera a aquello que son las ilimitadas ambiciones que hay en nuestro corazón y los deseos, sabiendo nuestras limitaciones, porque él es el único —Jesucristo— que resuelve el enigma de lo que significa un ser humano.

Decía Pascal: *“El hombre es infinitamente más que el hombre”*. ¿Por qué? ¿Por qué es infinitamente más que el hombre? Pues porque está habitado por Dios, y por mucho que las ideologías lo pretendan, no tienen respuesta a esto mismo, y eso lo experimenta cualquier persona: la que está enferma, la que está sana, la que es joven, la que esa adulta, la que está en el momento final de su vida.

El hombre es infinitamente más que el hombre, porque ya desde el origen está creado por un Dios amoroso a su imagen y semejanza, porque ha sido constituido nada menos que hijo de Dios y porque es capaz de incluso abrazar el sufrimiento, porque es palabra penúltima, y en la escuela del sufrimiento ponemos nosotros allí la medida de la dignidad de lo que es la persona humana y la dignidad de una sociedad que sabe dar respuestas al sufrimiento, porque es el otro gran tema respecto a la vida humana: ¿qué hacemos con el sufrimiento?

Se pueden decir estas palabras tan graves como las dice san Pablo: *“Ahora estoy contento y me alegro porque puedo con mis sufrimientos añadir a los sufrimientos de Cristo por la redención de su cuerpo, que es la Iglesia”*. Se puede decir, lo está diciendo alguien como nosotros, porque ha desvelado el misterio del sufrimiento, que esta sociedad no tiene respuesta ni para el sufrimiento ni para todo aquello que significa precariedad en la vida.

Pero, por si fuera poco, desvelando la verdad de lo que es la persona humana, somos en Cristo y Cristo es el que revela al hombre el misterio del hombre y le descubre su vocación íntima, que es el don de sí: hemos sido creados para amar y Dios nos ha pensado para el amor y todo es huella de la Trinidad y, por tanto, habla del amor de Dios. Una sociedad como la nuestra, nihilista e ideologizada, está muy lejos de hacer justicia a lo que es la persona humana.

Por tanto, la batería de leyes que ahora mismo se están presentando en España son tremendamente injustas, porque no se hacen cargo de desvelar el misterio de nuestra identidad ni se hacen cargo de lo que es la vocación del hombre a vivir, y vivir en plenitud y para siempre por toda la eternidad.

Cristo ha resucitado, ha vencido al pecado y a la muerte, y, por tanto, su respuesta es la respuesta plena al misterio del hombre: descifra el enigma de lo que somos, somos para la vida, y una vida eterna, el destino eterno; cuando no hay peor injusticia —y lo decía Julián Marías— que cerrar el cielo, que cerrar las puertas del horizonte trascendente en una sociedad como la nuestra, mucho más que el hambre, mucho más que los problemas de los que vienen con la inmigración, mucho más de todo lo que ocurre cada día, mucho más que el terrorismo; la peor injusticia es cerrarle al corazón humano esa aspiración que está presente en él por ser aliento divino, por ser hijo de Dios, por estar habitado por el Espíritu Santo, por ser seno mismo donde habita la Trinidad, que es el cielo, y esta es la verdadera justicia.

Por tanto, concluyo, desprivaticemos el tema. Ya está bien de resolver el tema de la vida humana como si se tratara del aborto, como un derecho a decidir de una persona individual; que no, que es el origen mismo de la sociedad. Toda la sociedad tiene que cuidar, privilegiar, custodiar el don de la vida humana, y eso es una sociedad justa.

Cuando la vida se hace precaria y enferma, todos estamos pensando en remediar las situaciones, no en eliminar a aquel que está sufriendo, porque entonces la sociedad no es de derecho, sino es injusta. Acaba siendo una sociedad que destruye la vida humana, bien naciente, bien terminal, y lo mismo referido a todos los demás aspectos de la vida.

Cristo, verdaderamente, Don José Luis, es quien revela plenamente el misterio del hombre, porque él se ha hecho hombre, ha vencido a toda nuestra precariedad y nos ha descubierto el designio amoroso de Dios. Tú, como yo, eres para la eternidad. Ninguna ideología tiene respuesta a esta aspiración, solo Cristo.

En el ámbito de la Iglesia católica, que es lo que decís vosotros, la visión católica de la vida humana, hemos recibido esa verdad misma de Jesucristo que la hacemos habitar en un seno donde la gran tradición siempre es una tradición de cuidado, de respeto y promoción de la vida humana.

Con eso creo que respondo a lo que se me pregunta.

– JLR: Yo iba a pedirles casi un apunte a cada uno de los tres Obispos

aquí presentes, que son pastores en sus respectivas diócesis, que, además, tienen una responsabilidad en el camino de la comunidad católica. Si estamos en un Congreso que dice “*es el momento de defender la vida*”—nos decía Don Luis, casi mejor incluso de promover la vida, que incluye también la defensa cuando esta es necesaria—, con este horizonte, levantando acta del momento cultural tan difícil que ya ha quedado suficientemente descrito, con sus asperezas, sus extravíos, sus impugnaciones, sus objeciones; ¿cómo ayudar a que nuestro testimonio, nuestro debate público, nuestra iniciativa social contribuya, de una manera más eficaz, a construir esta cultura de la vida? Que está, ahora mismo, ciertamente, en los cimientos, porque ha habido una oleada, realmente, que ha desarzonado —quizás tampoco era tan sólido el edificio como podíamos pensar, y eso es otro aspecto, pero no nos vamos a introducir ahora en eso—.

Entonces, lo que le voy a pedir a cada uno es dos minutos, como decimos en la radio, tres minutos como mucho, de decir cuál es la prioridad que ustedes ven, porque a veces también perdemos muchas energías, a veces también nos agotamos y nos frustramos con iniciativas que conducen, como se suele decir, a la melancolía y mucha gente que está en los temas de la defensa de la vida lo puede experimentar así. Se han hecho muchos intentos también de movilización en la calle y hemos visto el límite que eso tiene, nuestras argumentaciones clásicas a veces no llegan. Entonces, con todo este panorama, yo les pido una aproximación de por dónde trabajar. ¿Cuál sería la prioridad para cada uno de ustedes?

Empezamos como hemos empezado antes con Don Luis.

– LJAG: Yo creo que, al hilo de esta conversación, de alguna forma, para mí se puede resumir bien esta propuesta que, por otra parte, está en el corazón de la propuesta de la Iglesia este tiempo, que es anunciar con obras y palabras el kerigma y su dimensión social, diría esto.

¿Cómo hacer este anuncio del kerigma y su dimensión social? Generando un pueblo. En este sentido, quizás yo he hecho referencia y luego hemos seguido con la doctrina social de la Iglesia. La doctrina social de la Iglesia tiene el peligro de ser una fila de libros en una estantería. Entonces, precisa un pueblo; y, generar ese pueblo, precisa generar cristianos, que todo está como relacionado, de alguna manera, para que haya esta presencia en la vida pública, que nos permita escuchar, porque yo creo que el corazón humano tiene todos estos latidos. Es verdad que está bien hecho y está herido. Por resumir un poco desde lo que tú planteabas.

Por eso, precisamos escucharnos unos a otros para, desde esa escucha, poder hacer el anuncio testificado de lo que creemos, de una

fe confesante. Yo diría que, en este sentido, hablar de fe confesante tiene resonancias bonhoefferianas, en el sentido de cómo confesar la fe en un momento de un desafío tan grande, en el que a veces el proponer lo obvio te sitúa en la caverna, decir que eres una persona extraña o fundamentalista.

Yo sí que creo que es este el tiempo de evangelizar, de la salida misionera y, por parafrasear algo que dice el Papa Francisco, en Fratelli Tutti, no esperando que las soluciones nos vengan de arriba, sino de abajo y de a uno. Comenzar a realizar esta propuesta que estamos diciendo, que tiene, por supuesto, una dimensión personal, que precisa generar un ambiente y que, cómo no, precisa instituciones, las que ya existen para poderla renovar desde dentro o la generación de propuestas institucionales que hagan que todo esto pueda ser anunciado.

– JLR: Gracias, Don Luis. Don Ginés.

– GRGB: Muchas veces en mi vida me he preguntado en qué tiempo histórico me hubiera gustado vivir, y siempre he llegado a la misma conclusión: me gusta vivir en este tiempo histórico, porque creo que si es un tiempo que tiene dificultades para la evangelización, por ejemplo, también es un tiempo de muchísimas posibilidades. Yo creo que aquí es donde hay que vivir el primado de la gracia: Dios está presente, su gracia está presente.

Dicho esto, quizá siguiendo también la línea que se ha dicho hasta ahora, creo que en el tema que estamos tratando el testimonio es fundamental. Hay unas palabras que a mí, particularmente, me sugieren muchísimo, de San Pablo VI en el *Evangelii Nuntiandi*: “*El mundo de hoy no acepta a los maestros, sino a los testigos; y si quiere a los maestros es porque también son testigos*”. Creo que esto nos invita a ser un testimonio en el mundo.

El testimonio es un lenguaje que entiende todo el mundo. Hay lenguajes que no entiende todo el mundo; el del testimonio, sí. Hoy está celebrando la Iglesia la memoria de una santa sevillana, Santa Ángela de la Cruz, que ir a Sevilla y hablar de madre Angelita es un testimonio. Los santos son la gran experiencia de la Iglesia, el testimonio de la gracia hecha realidad, y eso es capaz de captarlo absolutamente todo el mundo.

Después hay otro punto que me parece muy importante y también ahí aparece —me ha gustado particularmente en *Samaritanus Bonus*— lo que yo llamaría la teología del estar. Tomando esa imagen, estaba María y el discípulo al pie de la cruz, y hace una reflexión preciosa sobre el estar. En todos los momentos de la historia, pero en este momento el estar es fundamental. El tener una presencia diferente en medio de un mundo muy complicado. Nuestra presencia, nuestra cercanía, tocar la herida es importante.

Una tercera vía, que creo que expresa muy bien la institución que nos acoge y, en concreto, el Congreso de Católicos y Vida Pública, que es esa presencia de la Iglesia en la vida pública —esto es una asignatura que sigue estando pendiente en España: la presencia de los católicos en la cultura, en la política, en la vida pública—, y, al mismo tiempo, una presencia que sea una presencia en diálogo. Creo que vivimos en un mundo donde es especialmente sensible al diálogo, aunque cada uno tenga su canción, pero creo que uno de los modos de defender la vida, de proteger la vida, también son estas iniciativas que estamos viviendo de presencia y de diálogo con el mundo.

– JLR: Don Juan Antonio.

– JARP: Creo que estamos convencidos de que, como decía san Juan Pablo II en *Evangelium Vitae*, el eclipse de Dios nos ha dejado a oscuras y ha provocado estas tres realidades: el colapso de la mente, que no se atreve a preguntarse por la verdad; la perversión de la libertad, que, desenganchada de la verdad, no es más que un haz de sentimientos y emociones; y el tercero, el apagón de la conciencia moral.

Eso solo se arregla con la evangelización: anunciar a Jesucristo, anunciar el kerigma y su dimensión social, para sanar la mente (*Fides et Ratio*), para sanar la libertad (*Veritatis Splendor*) y para recuperar la grandeza del santuario donde Dios habla al hombre, que es la conciencia moral (también *Veritatis Splendor*).

El Papa Benedicto XVI decía en *Caritas in Veritate* que la gran cuestión social hoy —como lo fue en la *Rerum Novarum* la cuestión obrera, como en la revolución industrial—, es la cuestión antropológica. Por tanto, tres tareas, queridos amigos: reconstruir e edificar con la gracia de Dios el sujeto humano. Eso significa aceptar la grandeza de lo que significa la unidad de la persona, cuerpo y espíritu, y con Juan Pablo II, valorar la grandeza de la reflexión que ha hecho con la teología del cuerpo sobre la corporalidad: el cuerpo no es más que la visibilización de la persona. Reconstruir el sujeto, unidad, cuerpo y espíritu, que está herido, pero ha sido redimido por Cristo, y cada uno de nosotros vale la encarnación de Cristo y la sangre de Cristo que redime al corazón humano.

Segundo, reedificar y reconstruir las familias cristianas. El seno donde uno es acogido es la propia familia, desde el matrimonio entre un varón y una mujer, porque es amado por sí mismo, y allí es donde puede encontrar todo lo que significa esa comunión amplia de personas para crecer como persona, para crecer como creyente, para crecer después como ciudadano. No hay reedificación de la sociedad española sin la

reconstrucción del sujeto humano en esta triple versión: persona humana, familia y, tercero, comunidad cristiana.

Es que ambas, todas ellas, se relacionan. No habrá familias cristianas si no hay comunidades cristianas que comparten la fe en Jesucristo escuchando la palabra, viviendo en la oración, compartiendo la propia Eucaristía que gesta la Iglesia y naciendo, diríamos, como una comunidad de hermanos. Eso, diríamos, es insoslayable, y sin eso no podemos hacer nada.

¿Cómo podemos alcanzar el nivel de lo social y lo político si no tenemos sujetos cristianos, si no tenemos familias cristianas, si no tenemos comunidades cristianas? Esa es la tarea.

Pero desde ahí yo suelo hablar de que cada comunidad cristiana, cada familia cristiana es como un pequeño oasis en el desierto de este mundo, en el desierto de la sociedad española, pero, si vamos creciendo en ello, vamos ganando terreno al desierto —son como pequeños oasis que van ganando terreno al desierto— y desde ahí se puede dar el salto —y eso es lo propio de esta institución— a lo social y a lo político.

Hoy España necesita políticos católicos, hoy los sindicatos necesitan personas católicas, hoy todas las instituciones de los medios de comunicación social, empresarios y trabajadores católicos; ¿por qué?, porque hemos entendido, al menos así lo he propuesto, que lo cristiano es la verdad de lo humano, la plenitud de lo humano, y querer privar a la sociedad de la plenitud de lo humano sería la peor de las injusticias.

Por tanto, yo os animo, ya que comenzáis con el tema de la vida humana, en esta misma dirección: sujeto humano, familia cristiana, comunidad cristiana y espacio —en este caso, estamos en una institución— para la enseñanza, pero también para promover personas que actúen en el ámbito social, en el ámbito político; y con paciencia, porque ya lo tenemos todo ganado. Si es que lo propio de los cristianos es la alegría permanente, porque ya lo tenemos todo ganado, porque sabemos cuál es nuestro destino eterno, sabemos de quién fiarnos y sabemos por qué camino hemos de ir. Pero, eso sí, sin perder el tiempo, porque lo que está pasando ahora mismo en España requiere —como dice Benedicto XVI al final de la *Caritas in Veritate*, un humanismo sin Dios es un antihumanismo—, por tanto, hacer una llamada a los católicos y a los cristianos para que, verdaderamente, puedan construir la verdad del hombre en el espacio social y político.

– JLR: Don Juan Antonio: creo que tenemos un abanico de una grandísima riqueza en las sugerencias que los tres Obispos, que hoy han participado, nos han brindado, que seguro que va a alimentar la reflexión y que va a encontrar eco en todo el trabajo del Congreso a partir del próximo viernes.

Quiero recordar a todos los que se han conectado hoy que la manera de participar, que es la que nos impone la realidad y también esta razón y esta libertad que el Señor nos ha dado, se tiene que poner en juego en circunstancias extraordinarias y difíciles como la que ahora atravesamos. Entonces, más que quejarnos, es aprovechar esta posibilidad que nos ofrece también la tecnología, y entrando en la página web del Congreso, conectándose, todos van a poder participar, ya digo, desde el próximo viernes, en los distintos actos que desarrollarán todo esto.

Termino. Simplemente, decía Don Juan Antonio, que introducía el punto de la experiencia humana. Esta cuestión de la que mucho se habla, pero poco se toma en serio, porque, realmente, hay un distanciamiento de la realidad de cada uno.

Quizás el que le decía, el colega, que no sé quién es, que debatía con Don Luis Argüello, y le decía de esta manera un poco irónica: "*Hombre, por favor, ¿pero todavía cree en la libertad?*". ¿Acaso es posible vivir humanamente, vivir en una relación afectiva, vivir la implicación en el trabajo, querer construir algo para que las personas que amas, que no tome en consideración la razón, la libertad y el significado?

Volver a la experiencia es un gran *chance*, podríamos decir, que tenemos también, porque sabemos que la propuesta cristiana es verdadera, corresponde a la experiencia humana. Por supuesto, hay que atravesar el muro de este escepticismo corrosivo que, desgraciadamente, ha ganado tanto espacio en nuestro mundo cultural, en nuestra sociedad.

También yo creo que, movidos con esta simpatía por la verdadera experiencia humana, que incluso los que escriben y dicen cosas como esa tienen, cuando se quedan solos en su ámbito la tienen, nosotros tenemos que jugarlos el tipo en estas direcciones que se nos han mostrado aquí.

Muchísimas gracias a Don Luis Argüello, a Don Ginés y a Don Juan Antonio, y gracias también a todos los organizadores del Congreso por habernos invitado aquí, haber confiado en nosotros en esta apertura, y desearos a todos un buen trabajo y muchos frutos para el bien de la Iglesia y para el bien de la sociedad española.

Gracias.